

ASPECTOS DE LA VIDA CRISTIANA Y LA VIDA DE IGLESIA SEGÚN SE VEN EN LA NUEVA JERUSALÉN

(Día del Señor: segunda sesión de la mañana)

Mensaje ocho

Tiene la gloria de Dios

Lectura bíblica: Ap. 21:10-11, 23; 1 Ts. 2:12; 2 Ts. 2:14; 1:10

I. “Me mostró la ciudad santa, Jerusalén, [...] teniendo la gloria de Dios”— Ap. 21:10-11:

- A. La gloria es la expresión de Dios, Dios expresado en esplendor—v. 23.
- B. Una característica notable de la Nueva Jerusalén es que ella tiene la gloria de Dios, Su expresión—v. 11a:
 - 1. Toda la ciudad de la Nueva Jerusalén portará la gloria de Dios, que es Dios mismo resplandeciendo a través de la ciudad—vs. 23, 11b.
 - 2. La gloria de Dios en realidad será el contenido de la Nueva Jerusalén, pues esta ciudad será completamente llena de Su gloria; esto indica que la ciudad es un vaso para contener a Dios y expresarle.
 - 3. La gloria de Dios es en realidad Dios mismo manifestado (Hch. 7:2); por lo tanto, el hecho de que la Nueva Jerusalén esté llena de la gloria de Dios, significa que Dios se manifiesta en esta ciudad.
- C. La iglesia hoy debe tener la gloria de Dios, manifestándolo y expresándolo en este maravilloso atributo divino—Jn. 17:22; Ef. 3:21.

II. La gloria de Dios está relacionada de manera intrínseca con la economía de Dios—1:10, 12; 3:9, 16-17, 21:

- A. Dios es un Dios de gloria—Hch. 7:2; Ef. 1:17; 3:14, 16; 1 Co. 2:8; 2 Co. 4:6; 1 P. 4:14.
- B. El propósito de Dios es llevar muchos hijos a la gloria—He. 2:10; 1 Co. 2:7; Ef. 1:6-7, 12, 14.
- C. Dios nos creó como vasos preparados para gloria—Ro. 9:23.
- D. Pecar es carecer de la gloria de Dios—3:23.
- E. La redención de Cristo cumplió los requisitos de la gloria de Dios—vs. 24-25; He. 9:5; cfr. Gn. 3:24.
- F. Por medio del evangelio de la gloria de Dios, Dios nos llamó a Su gloria eterna—2 Co. 4:4; 1 Ti. 1:11; 1 P. 5:10; 1 Ts. 2:12.
- G. Fuimos predestinados para la gloria de Dios, llamados a ella y seremos introducidos en ella—1 Co. 2:7; 1 Ts. 2:12; He. 2:10.
- H. Cristo en nosotros es la esperanza de gloria—Col. 1:27; 3:4.
 - I. Estamos siendo transformados a la imagen del Señor de gloria en gloria—2 Co. 3:18.
- J. La meta de la salvación orgánica que Dios efectúa, y también la última etapa de esta salvación, es la gloria—He. 2:10; Ro. 8:17, 21, 30.
- K. Cristo como el Autor, el Capitán, el Pionero, de nuestra salvación está llevando muchos hijos a la gloria—He. 2:10.

- L. Entraremos en la etapa más elevada de la unidad: la unidad en la gloria divina—Jn. 17:22.
- M. La gloria le es dada a Dios en la iglesia—vs. 22-23; Ef. 3:21.
- N. La gloria de Dios se manifestará en el reino—Mt. 6:13; 16:27; 26:64; Ap. 5:12-13.
- O. Los creyentes serán glorificados juntamente con Cristo a fin de tener la gloria de Dios para la expresión de Dios en la Nueva Jerusalén—Ro. 8:17, 30; Ap. 21:10-11.
- P. La gloria de Dios en la economía de Dios tiene que ver con la deificación: Dios se hizo hombre para que el hombre llegue a ser Dios en vida, en naturaleza y en expresión—Jn. 1:14; Col. 3:4; He. 2:10; Ap. 21:10-11.

III. Dios nos llamó a entrar en Su reino y gloria—1 Ts. 2:12:

- A. La gloria de Dios siempre va con Su reino y se expresa en la esfera de Su reino—Mt. 6:10, 13b; Sal. 145:11-13:
 - 1. El reino es la esfera en la que Dios ejerce Su poder a fin de expresar Su gloria—Ap. 5:10, 13.
 - 2. El resplandor del reino tiene como objetivo la glorificación del Padre—Mt. 5:16.
 - 3. El reino de Dios es Dios mismo manifestado a través de nosotros; el reino es la expresión de Dios que brota de nuestro interior—vs. 14-15; 1 Co. 4:20; 10:31.
- B. El reino de Dios es Dios mismo manifestado en Su gloria con Su autoridad para ejercer Su administración divina; por lo tanto, entrar en el reino de Dios y entrar en la gloria expresada de Dios son acciones que ocurren simultáneamente como una sola—He. 2:10; Mt. 5:20; Ap. 21:9-11; 22:1, 5.

IV. Por medio del evangelio, Dios nos llamó “para alcanzar la gloria de nuestro Señor Jesucristo”—2 Ts. 2:14:

- A. La gloria que el Padre le dio al Hijo (Jn. 17:22) es la filiación, que incluye la vida del Padre y la naturaleza divina (5:26), a fin de que el Padre sea expresado en Su plenitud (1:18; 14:9; Col. 2:9; He. 1:3).
- B. El Hijo dio esta misma gloria a Sus creyentes para que ellos también tengan la filiación, que incluye la vida del Padre y la naturaleza divina (Jn. 17:2; 2 P. 1:4), a fin de que expresen al Padre en el Hijo en Su plenitud (Jn. 1:16).
- C. Dios nos llamó para que obtuviéramos esta gloria, la gloria de la vida divina y la naturaleza divina a fin de expresar al Ser Divino—2 Ts. 2:14.

V. El evangelio es el evangelio de la gloria de Cristo—2 Co. 4:4:

- A. Cristo es la imagen de Dios y el resplandor de Su gloria; por ende, el evangelio de Cristo es el evangelio de Su gloria que ilumina y resplandece—Col. 1:15; He. 1:3; 2 Co. 4:3-4; Ap. 6:2.
- B. El evangelio es el evangelio de la gloria de Cristo, el cual ilumina, irradia y resplandece en nuestros corazones—2 Co. 4:4, 6.
- C. Por medio de la iluminación del evangelio de la gloria de Cristo, los creyentes reciben al Cristo de gloria como excelente tesoro; ahora la realidad resplandeciente de Cristo, la corporificación y expresión del Dios Triuno, es el tesoro que está en nosotros—vs. 6-7.

- D. Dios resplandece en nuestros corazones a fin de que podamos resplandecer sobre otros, de modo que ellos obtengan el conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo, es decir, el conocimiento de Cristo, quien expresa a Dios y le da a conocer—2:17; 4:2, 5; Jn. 1:18.
- E. Los que reciban el evangelio de la gloria a través de nuestra iluminación recibirán a Cristo, quien se impartirá en ellos como el precioso tesoro; luego, al igual que nosotros, ellos serán vasos de barro que contienen este tesoro de inestimable valor—2 Co. 4:4, 6-7.

VI. El Señor Jesús viene para “ser glorificado en Sus santos”—2 Ts. 1:10:

- A. Cristo es el Señor de gloria y fue glorificado en Su resurrección y ascensión—1 Co. 2:8; Jn. 17:1; Lc. 24:26; He. 2:9.
- B. Cristo está en nosotros como esperanza de gloria para introducirnos en la gloria—Col. 1:27; He. 2:10.
- C. La venida de Cristo en gloria tiene dos aspectos:
 1. Por un lado, el Señor Jesús vendrá de los cielos con gloria—Ap. 10:1; Mt. 25:31.
 2. Por otro, Él será glorificado en Sus santos; es decir, Su gloria será manifestada desde el interior de Sus miembros, la cual transfigurará su cuerpo de humillación introduciéndolo en Su gloria, para que sea conformado al cuerpo de Su gloria—2 Ts. 1:10; Fil. 3:21.
 3. “¡Él viene, Él viene, me viene a glorificar! / Mi cuerpo transfigurará, igual al Suyo será. / ¡Él viene, Él viene y nos redimirá! / Como esperanza de gloria, nos glorificará”—*Himnos*, #434.

Extractos de las publicaciones del ministerio:

EL SEÑOR ESPÍRITU

Nos transforma a la imagen del Señor de gloria

En 2 Corintios 3:18 se nos dice que estamos siendo transformados “como por el Señor Espíritu”. Aquí la preposición *por* indica que la transformación procede del Espíritu y que no es simplemente causada por Él. A fin de que el Espíritu realice Su obra transformadora en nosotros, es necesario que el Espíritu nos imparta cierta esencia. Por consiguiente, el Espíritu está operando en nosotros para transformarnos en vida, naturaleza, esencia, elemento, forma, apariencia y todo aspecto de nuestro ser, al impartirnos la vida, la naturaleza, el elemento y la esencia divinos. Esto significa que el Espíritu imparte la vida, la naturaleza, la esencia, el elemento y el ser divinos en nuestra vida, naturaleza, esencia, elemento y ser, para que se produzca un cambio metabólico en nuestro interior. Este cambio es orgánico porque es un cambio efectuado en nuestro ser por otro ser, en nuestra vida por otra vida, en nuestra naturaleza por otra naturaleza, y en nuestro elemento y esencia por otro elemento y esencia. Esta transformación procede del Señor Espíritu.

Cristo como el Señor Espíritu está ahora realizando una obra de transformación en nosotros, a medida que se imparte en nosotros como vida. Cuando nos abrimos a Él, lo contemplamos y reflejamos, nos encontramos en el proceso de transformación. Todo lo que Él es, es transfundido en nuestro ser. Al transfundirse en nuestro ser todo lo que Él es, nosotros seremos completamente transformados. Hoy estamos siendo transformados en Su imagen de una

etapa de gloria a otra, hasta que finalmente seremos iguales a Él. Esto ocurre únicamente por medio de Cristo como el Señor Espíritu.

La gloria mencionada en 2 Corintios 3:18 es la gloria de Cristo como Aquel que resucitó y ascendió, quien como Dios y hombre pasó por la encarnación, el vivir humano y la crucifixión, entró en la resurrección, efectuó la plena redención y llegó a ser el Espíritu vivificante. Como Espíritu vivificante, el Cristo resucitado mora en nosotros para hacer real a nosotros todo lo que Él es y todo lo que efectuó, obtuvo y logró, a fin de que nosotros seamos uno con Él y seamos transformados a Su imagen de gloria en gloria. Cuando nosotros a cara descubierta miramos y reflejamos la gloria del Señor, Él nos infunde los elementos de lo que Él es y de lo que ha hecho. De este modo, somos transformados metabólicamente para tener la misma forma de Su vida mediante Su poder de vida y Su esencia de vida; es decir, somos transfigurados a Su imagen, principalmente mediante la renovación de nuestra mente (Ro. 12:2). Esta transformación es de gloria en gloria, es decir, del Señor Espíritu al Señor Espíritu. El Señor Espíritu está sobre el Señor Espíritu. Esto significa que el Señor Espíritu como rico suministro se añade continuamente a nuestro ser.

Ser transformados significa que Cristo es añadido a nuestro ser para reemplazar lo que somos, a fin de que Cristo pueda crecer y nuestra vida natural pueda menguar. A medida que el proceso de la transformación se lleva a cabo en nosotros, el viejo elemento de nuestro ser natural es desechado, y la gloria, que es el Cristo resucitado como Espíritu vivificante, se añade a nuestro ser para reemplazar el elemento natural. El proceso de transformación es un proceso orgánico y metabólico. Es orgánico porque está relacionado con la vida, y es metabólico porque está relacionado con un proceso en el que un viejo elemento es desechado y un nuevo elemento es añadido.

Hay una diferencia entre cambio y transformación. La transformación involucra el proceso del metabolismo. Sin embargo, es posible que algo cambie externamente sin que internamente suceda ninguna transformación metabólica. En el proceso del metabolismo, un nuevo elemento es suministrado a un organismo. Este nuevo elemento reemplaza el viejo elemento y lo desecha. Por lo tanto, a medida que ocurre el proceso del metabolismo en un organismo vivo, algo nuevo le es añadido para reemplazar el viejo elemento, el cual es desechado. Así pues, el metabolismo incluye tres asuntos: la suministración de un nuevo elemento, el reemplazo del viejo elemento con el nuevo elemento, y desecharlo o la eliminación del viejo elemento para que algo nuevo sea producido.

La transformación es un proceso metabólico, un cambio metabólico. La obra del Espíritu al transformarnos implica un cambio en todo nuestro ser: en vida, naturaleza, esencia, elemento, forma y apariencia. La transformación no es un cambio, corrección o enmienda externos, sino que es enteramente un cambio interno y metabólico en nuestro ser. Por lo tanto, podemos definir la transformación como un metabolismo divino y espiritual, en el que se añade un nuevo elemento para desecharlo un elemento viejo y para producir algo nuevo.

En 2 Corintios 3:18 Pablo nos dice que nosotros estamos en el proceso de ser transformados en “la misma imagen”. Ésta es la imagen del Cristo resucitado y glorificado. Ser transformados en la misma imagen es ser conformados al Cristo resucitado y glorificado, para llegar a ser iguales a Él (Ro. 8:29).

Cuando contemplamos y reflejamos la gloria del Señor, Él nos infunde el elemento de lo que Él es y ha hecho. En otras palabras, Él nos imparte este elemento. El resultado de ello es que somos transformados metabólicamente para obtener la forma de Su vida mediante Su poder de vida con Su esencia de vida. De este modo, somos transformados a Su imagen.

La constitución intrínseca de la vida incluye la esencia de vida, el poder de vida y la forma de la vida. Toda especie de vida posee estas tres cosas: la esencia, el poder y la forma. Por ejemplo, un clavel tiene una esencia y un poder. Es por ello que adquiere cierta forma. A medida que el clavel crece con la esencia de vida y mediante el poder de vida, va adquiriendo su forma particular. Sucede lo mismo con la vida divina. Esta vida tiene su propia esencia, poder y forma. La forma de la vida divina es la imagen de Cristo. Es por ello que en 2 Corintios 3:18 se halla el pensamiento de ser transformados en la misma imagen, la imagen del Cristo resucitado y glorificado. Esto significa que adquiriremos la forma de la imagen de Cristo. Con base en este hecho y en la manera en que Pablo usa la palabra transformados, podemos afirmar que somos constituidos metabólicamente para llegar a tener la imagen de Cristo.

De un grado de gloria a otro

En 2 Corintios 3:18 Pablo también nos dice que somos transformados en la misma imagen “de gloria en gloria”. Esto significa que somos transformados de un grado de gloria a otro grado de gloria. Esto indica un continuo proceso de vida en resurrección. La transformación no ocurre una vez para siempre, sino que, en vez de ello, es un proceso gradual, de un grado de gloria a otro. En la senda de la transformación, nosotros avanzamos continuamente de un nivel de gloria a otro nivel de gloria. La transformación es una senda que conduce a la gloria; va aumentando de un grado de gloria a otro grado de gloria hasta que somos transformados en la imagen del Hijo primogénito de Dios.

Es preciso que veamos que la gloria es Cristo que florece en resurrección. Cuando el Señor Jesús estuvo en la tierra, Él era Dios encarnado. Dios estaba oculto dentro del cuerpo físico del Señor Jesús. Interiormente estaba Dios; exteriormente estaba la carne, y esta carne no poseía ninguna gloria. En Juan 17:1 el Señor Jesús oró diciendo: “Padre, la hora ha llegado; glorifica a Tu Hijo, para que Tu Hijo te glorifique a Ti”. Cuando el Señor Jesús oró al Padre pidiéndole que lo glorificara, en realidad le estaba pidiendo que le permitiera entrar en la gloria por medio de Su muerte y resurrección. En Lucas 24:26 Él les preguntó a los dos discípulos que iban camino a Emaús: “¿No era necesario que el Cristo padeciera estas cosas, y que entrara en Su gloria?”. Cuando el Señor Jesús dijo estas palabras, Él ya estaba en resurrección. Por lo tanto, entrar en Su gloria equivalía a estar en resurrección. Este versículo nos revela claramente que la resurrección de Cristo fue Su glorificación.

Podemos usar como ejemplo el florecimiento de un clavel para explicar que la gloria mencionada en 2 Corintios 3:18 se refiere al florecimiento de Cristo en resurrección. Después de sembrada en la tierra, la semilla del clavel muere y luego empieza a crecer. Ella brota, crece hasta ser una planta y, finalmente, florece. Este florecimiento es la glorificación de la semilla del clavel. Debido a que la semilla del clavel muere cuando es sembrada en la tierra, podemos afirmar que su florecimiento es su resurrección. Por consiguiente, la glorificación equivale a la resurrección. La resurrección de Cristo fue Su florecimiento. Este Cristo floreciente, el Cristo resucitado, es la gloria.

Además, el Cristo resucitado como gloria es el Espíritu vivificante. Por consiguiente, podemos concluir que la gloria en 3:18 es en realidad el Espíritu vivificante. Como mencionamos anteriormente, la expresión *de gloria en gloria* en el versículo 18 significa del Señor Espíritu al Señor Espíritu, porque en este versículo *gloria* y *Espíritu* son sinónimos. Por lo tanto, ser transformados de gloria en gloria equivale a ser transformados del Espíritu al Espíritu. Actualmente estamos en el proceso de ser transformados de gloria en gloria. Cuanto más vivimos y andamos en el Espíritu vivificante, más gloria es añadida a nuestro ser, y más somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen. Ser transformados de gloria en

gloria sobrepasa en gran manera la simple mejora externa de nuestro comportamiento que logramos al seguir las enseñanzas religiosas o éticas.

Hoy la gloria es el Cristo resucitado, y este Cristo es el Espíritu. Esto significa que el Señor como gloria es el Espíritu que vive en nosotros y mora en nuestro espíritu. Dado que tenemos al Espíritu morando en nuestro espíritu, debemos ejercitar nuestro espíritu cada vez más al orar, al leer la Palabra y al invocar el nombre del Señor. Cuanto más ejercitemos nuestro espíritu a cara descubierta, más contemplaremos al Señor. Mientras lo contemplamos, también lo reflejaremos. Mientras lo contemplamos y reflejamos de esta manera, Su elemento se añadirá a nuestro ser. Este nuevo elemento reemplazará y desechará el elemento de nuestra vida vieja y natural, y nosotros experimentaremos la transformación, un cambio metabólico. (*The Conclusion of the New Testament*, págs. 3199-3203)

LA IMAGEN DE DIOS

La iluminación del evangelio de Su gloria resplandece en los creyentes

En 2 Corintios 4:4 Pablo dice: “Para que no les resplandezca la iluminación del evangelio de la gloria de Cristo, el cual es la imagen de Dios”. En este versículo vemos que las palabras *Dios, imagen, Cristo, gloria, evangelio e iluminación* se encuentran todas en aposición; por lo cual, todas ellas se refieren a la misma maravillosa persona. Dios es la imagen, la imagen es Cristo, Cristo es la gloria, la gloria es el evangelio y el evangelio es la iluminación. Primeramente, la expresión *la imagen de Dios* nos muestra que la imagen está en aposición a Dios. Dios, quien es la fuente, tiene una imagen, y esta imagen es sencillamente Dios mismo. Si vemos la imagen de Dios, vemos a Dios; si Dios desaparece, Su imagen también desaparece. Puesto que en el versículo 4 la imagen y Dios están en aposición, son uno. Por consiguiente, la imagen de Dios no es nada menos que Dios mismo.

Segundo, como ya hemos señalado, la imagen de Dios es Cristo. Cristo, como imagen de Dios, es la expresión del Dios invisible. Tercero, Cristo es la gloria. Esto lo confirma Hebreos 1:3, que dice que Cristo es el resplandor de la gloria de Dios. Cuarto, Cristo, la gloria, es el evangelio. Hechos nos dice que los creyentes predicaban el evangelio de Cristo Jesús (5:42; 8:35; 11:20; 17:18). Esto muestra que el evangelio no es algo ajeno a Cristo; al contrario, Cristo es el evangelio. Hoy en día algunos cristianos en su predicación separan el evangelio de Cristo. Pero según la revelación divina hallada en la Biblia, el evangelio es una persona viva, es Cristo mismo. Cristo quien es el evangelio es la imagen de Dios, y la imagen de Dios es Dios. Por lo tanto, el evangelio es Dios mismo corporificado y expresado en Cristo.

Quinto, el evangelio es la iluminación, el alumbramiento. El evangelio es el evangelio de la gloria de Cristo, la cual ilumina, irradia y resplandece en el corazón del hombre. Cuando el evangelio vino a nosotros, vino por medio del resplandor, y este resplandor nos introdujo a Cristo, quien es la imagen del Dios Triuno procesado. Como resultado, Cristo, la persona viva, se introdujo en nuestro ser por medio de la iluminación. Muchos creyentes pueden testificar que cuando escucharon Cristo, el evangelio, cierta impresión de Cristo entró en ellos. Aunque quizás intenten rechazar esta impresión de Cristo o traten de borrarla de su ser, no pueden hacerlo. Una vez que esta impresión de Cristo se infunde en nosotros por medio de la iluminación, permanece en nosotros para siempre. Esta iluminación es el evangelio, este evangelio es la gloria, esta gloria es Cristo, Cristo es la imagen de Dios y, como tal, Cristo es Dios. Por lo tanto, lo que se ha infundido en nosotros mediante esta iluminación es una persona viva, a saber, el Dios Triuno corporificado en Cristo, quien es la imagen, la expresión, de Dios.

Además, es preciso que veamos que el evangelio de la gloria de Cristo primeramente resplandece en nosotros, y después resplandece desde nuestro interior. Cuanto más resplandece la gloria en nosotros, más ésta penetra en nuestro ser y lo satura. Con el tiempo, esta gloria que está en nosotros consumirá, absorberá, todo nuestro ser. Entonces la luz del evangelio de la gloria de Cristo resplandecerá a través de nosotros. Este resplandor no viene por medio de enseñanzas, sino únicamente al experimentar a Cristo, quien es la gloria de Dios y la manifestación de Dios. Alabamos al Señor porque Cristo ha resplandecido en lo profundo de nuestro ser, porque Él ahora está resplandeciendo en nosotros y porque resplandecerá en todo nuestro ser. Por consiguiente, debemos estar atentos al resplandor interno de Cristo, quien es la gloria que reside en nuestro interior. La meta de la economía de Dios es que todos nosotros irradiemos Su gloria. Al experimentar este resplandor, Cristo nos satura de Sí mismo, y nosotros disfrutamos de la dulzura de Cristo, quien vive en nosotros para ser nuestra vida y nuestra persona.

La iluminación del conocimiento de la gloria de Dios se halla en Su faz

En 2 Corintios 4:4, que se refiere a “la iluminación del evangelio de la gloria de Cristo”, se mencionan cuatro asuntos: iluminación, evangelio, gloria y Cristo. El versículo 6 continúa diciendo: “El mismo Dios que dijo: De las tinieblas resplandecerá la luz, es el que resplandeció en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo”. El resplandor de Dios en nuestros corazones da por resultado la iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo, es decir, en el alumbramiento que nos lleva a conocer la gloria del evangelio de Cristo. Esta iluminación, este alumbramiento, que nos da a conocer la gloria del evangelio de Cristo, proviene del resplandor de Dios en nuestros corazones. El que Dios resplandeciera en el universo produjo la vieja creación. Ahora, Su resplandor en nuestros corazones nos ha hecho una nueva creación, porque este resplandor introduce en nosotros, vasos de barro, el maravilloso tesoro del Cristo de gloria.

El resplandor de Dios en nuestros corazones nos ilumina para que conozcamos la gloria en la faz de Cristo. La gloria de Dios manifestada en la faz de Jesucristo es el Dios de gloria expresado por medio de Jesucristo, quien es el resplandor de la gloria de Dios (He. 1:3); conocerlo a Él es conocer al Dios de gloria. En particular, la iluminación mencionada en 2 Corintios 4:6 se refiere a la luz de Dios que resplandece sobre otros al brillar en el corazón de aquellos que han sido iluminados por Dios, concuerda con la manifestación de la verdad, mencionada en el versículo 2, y es equivalente al resplandor en Mateo 5:16 y Filipenses 2:15. Dios resplandece en nuestros corazones, a fin de que nosotros podamos resplandecer sobre otros, de modo que ellos puedan recibir el conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo, es decir, puedan recibir el conocimiento de Cristo, quien expresa a Dios y lo da a conocer (Jn. 1:18).

El resplandor de Dios en nuestros corazones se manifiesta en la faz de Cristo. A fin de experimentar el resplandor de Dios, Dios debe resplandecer directa y personalmente en nuestros corazones. Puede ser que Dios resplandezca sobre nosotros, pero si queremos que Él resplandezca *en* nosotros, necesitamos tener un contacto directo e íntimo con Él. Es por ello que invocamos el nombre del Señor Jesús. Al invocar al Señor somos llevados a tener un contacto cara a cara con Él y a experimentar el resplandor de Dios en nuestro corazón. Es sólo cuando tenemos esta clase de contacto directo, personal e íntimo con el Señor que experimentamos el resplandor interior. Cada vez que invocamos al Señor de una manera afectuosa e íntima, estamos delante de Su faz, y experimentamos el resplandor de Dios en nuestro

corazón. Entonces podemos irradiar lo que hemos recibido para que resplandezca la gloria del evangelio de Cristo.

En nuestra predicación del evangelio debe haber cierta iluminación, cierto resplandor. Debemos predicar el evangelio de modo que haya mucha iluminación. Esto significa que mientras predicamos, Dios resplandece en los corazones de aquellos con quienes hablamos. También debemos ayudarlos a invocar el nombre del Señor Jesús a fin de que puedan acercarse a la faz de Cristo, tener contacto personal con Él y experimentar el resplandor de Dios en sus corazones. Predicar de esta manera no consiste simplemente en predicar un evangelio que presenta ciertos hechos, sino en predicar un evangelio de gloria. Los que reciban el evangelio de gloria recibirán a Cristo, quien se impartirá en ellos como el precioso tesoro. Entonces, al igual que nosotros, ellos serán vasos de barro que contienen este tesoro. (*The Conclusion of the New Testament*, págs. 3206-3209)